

Editorial

Capitalismo mexicano: contradicciones del proyecto neoliberal

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Por más de tres décadas y media, el desarrollo capitalista en México ha estado orientado por el proyecto neoliberal, cuyo cometido es que el capital monopolista nacional e internacional se apropie de las fuentes de ganancia extraordinaria y de corto plazo. La dinámica socioeconómica se ha incrustado en la nueva división internacional del trabajo para cumplir un papel como proveedor de materias primas (petróleo, minerales), productos básicos (alimentos) y productos manufactureros ensamblados (automóviles, componentes electrónicos, textiles), pero también de trabajadores y drogas. La organización de la producción obedece, principalmente, a fuentes externas: el financiamiento procede del ahorro exterior; la tecnología y las patentes implantadas por las corporaciones multinacionales orquestan el modo sociotécnico de la producción; la ingeniería corporativa diseña las técnicas de gestión y el diseño de productos, y las casas matrices establecen los criterios gerenciales, administrativos y mercadotécnicos. Economías intervenidas, como la mexicana, ofrecen las fuentes de la riqueza, el trabajo vivo y la naturaleza, además de apoyos institucionales, para que el capital corporativo abata los costos de producción y relocalice sus capitales. Es la formación de una clase laboral sumamente precaria, desorganizada, abundante y barata la principal base de sustentación interna. Además, se ha desregulado y concedido el territorio y la biodiversidad a los capitales para el desarrollo de megaproyectos.

El Estado mexicano ha sido una pieza clave en la gestión del modelo: mediante el despojo de los bienes comunales se proletariza a la mayoría de la población y se crean condiciones generales para la explotación superlativa del trabajo vivo; con el despojo de la nación se destruye la economía pública y se privatizan sectores estratégicos y rentables; la modificación de la constitución y la legislación opera como plataforma para realizar sucesivas reformas neoliberales en sintonía con los requerimientos del capital corporativo; la implementación de una política macroeconómica favorable a los intereses del capital monopolista-financiero (contención salarial, control de la inflación, «autonomía de la banca central», flexibilización laboral, control político de sindicatos) ha sido subsidiaria directa de las corporaciones (créditos, infraestructura, becas, exenciones) y generado un ambiente favorable a los grandes negocios que incluye la apertura de la economía al exterior, la desregulación y la privatización de activos públicos. La gestión corre a cargo de una burocracia tecnócrata que sigue a pie juntillas las directrices fondomonetaristas que abren espacios de valorización al gran capital, y que cínicamente cambia de bando entre la burocracia estatal y la corporativa con miembros que consiguen cargos de asesor y accionista de empresas beneficiadas por el modelo. Son los adoradores del dios dinero que se han formado devotamente en la visión economicista de universidades estadounidenses y mexicanas de élite.

Con la intención de justificar la imposición del programa neoliberal, tecnócratas, intelectuales, académicos y comunicadores afines divulgaron la idea de que se imprimirían nuevos bríos a la economía. Se decía que la empresa pública era improductiva y corrupta al contrario de la privada, catalogada como eficiente y productiva, por lo que la privatización de la economía redundaría automáticamente en la recuperación del crecimiento, la creación de empleos formales, el restablecimiento de la capacidad adquisitiva de los salarios reales y se disiparía el fantasma de la pobreza. Al firmar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el jefe de la burocracia tecnócrata que ha reinado desde entonces, Carlos Salinas de Gortari, aseguraba que México formaría parte del primer mundo.

Empero, la realidad ha sido opuesta puntualmente al discurso oficial. Durante más de tres décadas, el modelo neoliberal no ha generado crecimiento, de hecho persiste un estancamiento crónico de 2.2 por ciento de crecimiento promedio anual del PIB contra 6.3 por ciento conseguido entre 1940 y 1970.¹ Los empleos formales de calidad generados son escasos frente al incremento del desempleo, la informalidad y la precariedad, además se ha desencadenado la migración forzada, interna e internacional, sobre todo a Estados Unidos.² El salario mínimo se ha desplomado en términos reales en 80 por ciento desde 1987³ en detrimento de la capacidad adquisitiva de los trabajadores. La pobreza afecta a 84.3 por ciento de la población,⁴ de la cual una parte padece condiciones críticas de hambre,

pero el problema ha sido tratado con programas de subsidios focalizados que no cambian las condiciones de vida, aunque generan una base social de respaldo al régimen económico-político, desde un peculiar populismo tecnocrático. En lugar de que se organizara un sistema productivo articulado y equilibrado, el aparato productivo nacional fue desmantelado, se destruyeron las cadenas productivas, se provocó la desindustrialización y la agricultura tradicional cayó en la ruina; en su lugar se estableció una estructura privatizada, extranjerizada y monopólica. Peor aún, México llegó a ser el campeón mundial de la migración y uno de los principales productores de drogas para el mercado estadounidense. En definitiva, la puesta en marcha de la modernización neoliberal ha significado la instauración de un régimen de acumulación que agudiza la transferencia de excedentes hacia el exterior y vulnera las posibilidades de organizar ciclos autónomos de acumulación y de, eventualmente, redistribuir el excedente bajo criterios de justicia social, es decir, entraña una nueva dependencia.

Sin embargo, como proyecto de clase que cristaliza la unión de los intereses del capital global, la oligarquía y la burocracia política, el modelo neoliberal ha resultado exitoso, pues el cometido ha sido concentrar poder, capital y riqueza⁵ en una delgada élite, y subordinar a la mayoría de las clases trabajadoras, comunidades y conjuntos familiares al propósito supremo de la valorización del valor. La privatización, corrupción y trato preferencial ha gestado una camada de multimillonarios, una plutocracia compuesta de empresarios advenedizos que se apropiaron de los bienes de la nación para dedicarse a actividades rentistas, sin ser innovadores o creativos, pero figuran en las listas de los más ricos del planeta. Según los registros de *Forbes*, los tres hombres más ricos de México acumulaban en 1991 una fortuna de 4 mil mdd y 27

¹ Elaboración propia con datos del INEGI.

² Humberto Márquez Covarrubias, «México en vilo: desmantelamiento de la soberanía laboral y dependencia de las remesas», *Papeles de Población*, vol. 14, núm. 58, 2010.

³ Centro de Análisis Multidisciplinario, «Reporte de Investigación 127. México 2018: otra derrota social y política a las clases trabajadoras; los aumentos salariales que nacieron muertos», México, CAM, 2018, en <http://cam.economia.unam.mx/1018-2/>

⁴ Julio Boltvinik y Araceli Damián, «Pobreza creciente y estructuras sociales cada vez más desiguales en México. Una visión integrada y crítica», *Acta Sociológica*, núm. 70, 2016.

⁵ David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2009.

años después, en 2017, la suma ascendía a 95 mil mdd. A través de concesiones del Estado y la evasión en paraísos fiscales, los magnates mexicanos han seguido aumentando su patrimonio. Tan sólo la fortuna de los 17 magnates que dominan la economía mexicana representa 12 por ciento del PIB. Desde el punto de vista del desarrollo nacional se trata de una *lumpen-burguesía*⁶ que no dispone de una ideología propia, se subordina a los intereses del capital externo al cual sirve como su gestor, promotor y defensor, y en ello obtiene beneficios al ser copartícipe del modelo de acumulación globalizado.

La ideología neoliberal emprende una embestida en contra de los sectores público y social, de los sindicatos y la organización colectiva, sobre los cuales lanza el anatema de ser improductivos, anacrónicos y corruptos para enaltecer al sector privado, supuestamente eficiente, moderno y competitivo, todo con el propósito de desarmar la economía pública y el sector social para entregar los bienes nacionales y comunales al sector empresarial privado vinculado al régimen político. Mediante un agresivo programa de privatización fueron entregadas las empresas, industrias, áreas económicas e instituciones para formar una nueva camada de empresarios que tuvieran nexos políticos con la burocracia tecnócrata. En 1982, un conjunto de mil 150 empresas componía el sector público, pero en 1994, al cierre de la gestión de Carlos Salinas, apenas se registraban 200 en ese ámbito. Los gobiernos que le sucedieron continuaron con la obra privatizadora. Ernesto Zedillo, por ejemplo, abrió el sector de comunicación satelital y los ferrocarriles a la inversión privada; él mismo se favoreció de la privatización de los ferrocarriles, pues ahora trabaja para Union Pacific, una de las grandes beneficiarias. El tsunami privatizador ha arrasado con empresas públicas productoras de automóviles, alimentos, fertilizantes, café, tabaco,

⁶ André Gunder Frank, *Lumpen-burguesía: lumpen-desarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*, Buenos Aires, Ediciones Periferia, 1973.

tortilla; ingenios azucareros, siderúrgicas, minas; televisoras, radiodifusoras, cines, teatros; bancos; puertos, aeropuertos, aerolíneas, carreteras, ferrocarriles, servicios de mensajería, comunicación satelital, telefónica; petroquímica básica, generación eléctrica, etcétera.⁷

En sus propios términos, la privatización de empresas públicas ha sido un fracaso. Hay una pérdida global, pues si bien el gobierno obtuvo 30 mil mdd después gastó 90 mil mdd en el rescate de las empresas privatizadas para luego volver a colocarlas en manos privadas.⁸ Asimismo, en lugar de la eficiencia y abaratamiento de precios, las privatizaciones derivaron en el encarecimiento de bienes y servicios; en vez de incentivar el empleo y el bienestar, desataron oleadas de despidos y desempleo; en sustitución de una economía articulada y en crecimiento, se suscitó la desaparición de empresas nacionales competitivas, la quiebra de empresas privatizadas, el rescate por el gobierno y, sin escarmentar, la reprivatización de empresas saneadas.

Un botón de muestra es el rescate bancario que, a decir del propio Banco Mundial, «representó una erogación de 135 mil mdd de recursos públicos», la cuarta parte del PIB:

El costo fiscal de la crisis [bancaria] equivale a cuatro veces los 33 mil mdd que el Estado mexicano recibió por todas las privatizaciones de los [años] 90 (...) Hay evidencias de que beneficiarios de créditos con cercanas relaciones con los bancos [rescatados] fueron especialmente favorecidos durante la crisis, además de que sus vínculos políticos les permitieron escapar a sanciones significativas.⁹

Las llamadas «reformas estructurales» derivadas del Consenso de Washington, aplicadas

⁷ Rubén Trejo, *Despojo capitalista y privatización en México, 1982-2010*, México, Ítaca, 2012.

⁸ Martí Batres, *El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano*, México, Fundación Rosa Luxemburgo, 2013.

⁹ Banco Mundial, *Informe sobre desarrollo mundial. Equidad y desarrollo*, Washington, BM, 2005.

en cuatro ciclos sucesivos, representan el desmantelamiento de derechos sociales y laborales —alcanzados por luchas sociales desde la Revolución mexicana y ciclos de movilizaciones verificados en el siglo pasado—, así como la imposición de la agenda neoliberal: la subordinación a la economía estadounidense debido al TLCAN, la entrega de sectores estratégicos y rentables a la inversión extranjera, la destrucción de la economía campesina mediante la comercialización de tierras ejidales y el desmantelamiento de la institucionalidad agropecuaria, el incremento del IVA de 10 a 15 por ciento, la privatización del sistema de pensiones mediante Afores administradas por la banca, el oneroso rescate a la banca privada (Fobaproa) con deuda pública, la implantación de un régimen de precarización laboral, la concentración del sector de telecomunicaciones, la privatización y extranjerización de las playas, la precarización del trabajo magisterial con la reforma educativa, la militarización del país y el populismo punitivo, la mercantilización de la biodiversidad, la aniquilación de Pemex y la privatización de la renta petrolera, entre otras.

Prácticamente, todos los indicadores sociales arrojan un veredicto negativo: a la desvalorización del salario y la expansión de la pobreza, se suma el hecho de que sobrevive en la economía informal 61 por ciento de la población económicamente activa, carece de seguridad social 60 por ciento y dos de tres adultos mayores no tienen pensión, además de que producto de la deuda social del Estado en materia educativa sólo 17 por ciento de personas entre 25 y 64 años puede tener educación universitaria, sólo 1 por ciento cuenta con maestría y una menor proporción con doctorado.¹⁰ La descomposición del tejido social ha propiciado una migración forzada, que en su pináculo registró un promedio anual de medio millón de personas

que cruzaron a Estados Unidos y una cifra aún mayor que tuvo que migrar dentro del propio país. Asimismo, la militarización del modelo neoliberal ha arrojado una estela fúnebre de 125 mil homicidios, más de 33 mil desaparecidos y al menos 310 mil desplazados forzosos.

Más que un país del primer mundo, México se convirtió en uno de los más desiguales, en su territorio cohabitan la opulencia y la miseria extremas. Por un lado, está el hombre más rico de América Latina, Carlos Slim, quien simboliza al puñado de multimillonarios prohibidos por el Estado mexicano neoliberal, una cleptocracia que se apropió de los sectores más jugosos de la economía nacional, amasó grandes fortunas y vive en la opulencia, cultiva su imagen como emprendedora y líder, pero en realidad es una casta rentista que vive al amparo del Estado, detenta un control monopolístico, paga pocos impuestos y es beneficiaria de contratos de obras y servicios públicos. Por otro lado, subsisten más de 50 millones de pobres que viven en hacinamiento, mal pagados, con problemas de salud, hambre y violencia, pero son el soporte humano de las grandes fortunas. Ambos polos deben su situación al modelo capitalista neoliberal: mientras los cleptócratas se apropian de los bienes nacionales, la pobreza generalizada es el saldo de un modelo que mantiene deprimidos los salarios para reducir costos productivos.

El proceso electoral de 2018 abre, una vez más, el debate sobre el modelo de desarrollo y la tentativa de cambio. Sin embargo, el sistema de poder y la democracia minimalista ofrece un abanico muy restringido de posibilidades, una serie de pequeñas variantes en políticas económicas y sociales alrededor del consenso neoliberal, pero se niega a efectuar un cambio total al modelo de desarrollo capitalista neoliberal que está lacerando al conjunto de la nación. 🐦

¹⁰ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, *Panorama de la educación 2017. Indicadores de la OCDE*, París, OCDE, 2017.